

Nada de esto, por supuesto, demerita un libro bien 'jalado'.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ  
Universidad del Atlántico

## Nuestro propio Matiz

Leo Matiz

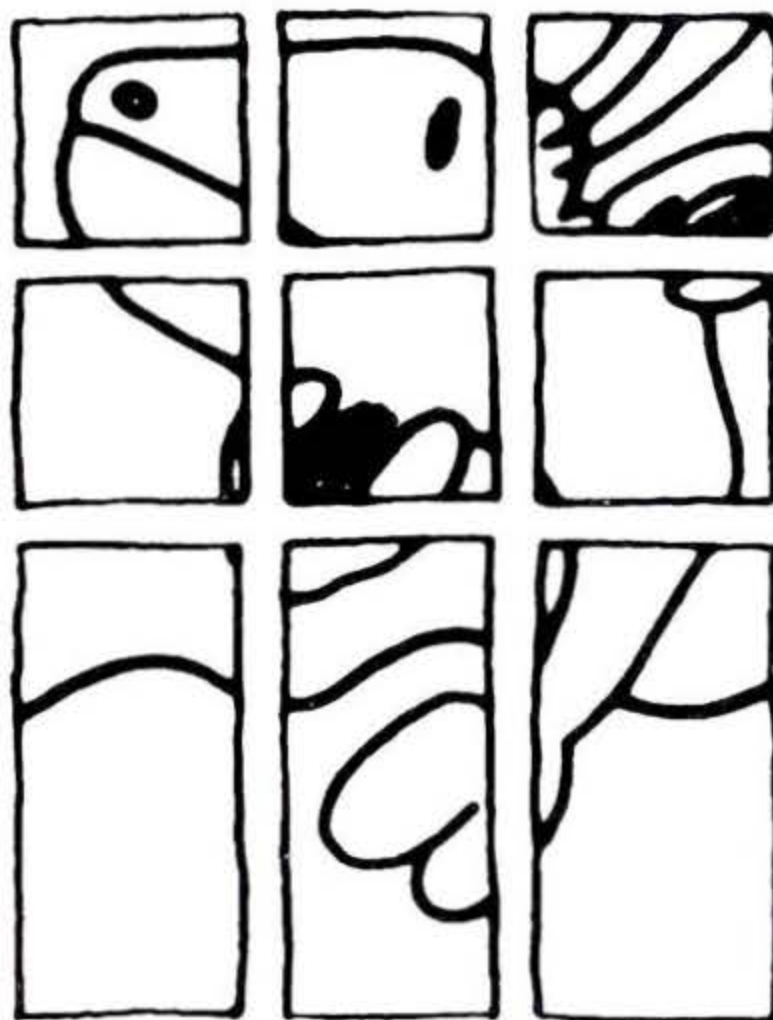
Textos: Attilio Colombo, Edgardo Pellegrini, Alvaro Mutis, José Font Castro, Plinio Apuleyo Mendoza.

Art Estudio Edizione, Milán (Italia), 1992, 143 págs.

Aún aceptando que la historia requiere ser escrita todos los días puede decirse que la historia de las diferentes artes está escrita en Colombia. Las diez o veinte historias de la literatura existentes desde cuando Vergara y Vergara escribió la suya en el siglo XIX, aún historias parciales como la del teatro de González Cajiao, la de la novela de Raymond Williams o la de poesía publicada por la Casa Silva, incluso se han escrito diferentes historias del arte, en varios volúmenes, como la de Salvat Editores, en pequeñas monografías enciclopédicas.

Lo que es importante de esto es que están codificados, identificados los nombres principales que protagonizan cada historia. Con nuestra historia de la fotografía no sucede lo mismo. La exposición pionera *Cien años de la fotografía en Antioquia* y la posterior exposición nacional del Museo de Arte Moderno *Cien años de fotografía en Colombia* con el volumen publicado como catálogo, una primera historia de la fotografía en Colombia de Eduardo Serrano; fueron apenas el abrebocas para iniciar la investigación. Si bien ese libro, que apenas fue en tanteo, tuvo algunos aciertos; su mayor mérito consiste en ser un balance de lo que no sabíamos. Lo que vino después fue mucho más grande. Se hicieron exposiciones de historias locales de la fotografía en más de 10 ciudades, que aportaron nuevos descubrimientos y de las que quedaron catálogos publicados, en su mayoría, por el Banco de la República. El resultado de toda esta efervescencia es que, a pesar de que se conocen muchos de

los nombres principales —Benjamín de la Calle, Melitón Rodríguez, Jorge Obando, Gavassa, Luis B. Ramos, hasta llegar a Hernán Díaz— a estas alturas no podemos decir que esté escrita la historia de la fotografía en Colombia. No tenemos la lista completa de fotógrafos, ni ha sido fijada una cronología que cuente todo el proceso. El libro editado en Milán con las fotografías de Leo Matiz consagra un nombre capital, un clásico de la fotografía colombiana.



Leo Matiz nació en Aracataca en 1917 y su vida ha estado vinculada con colombianos de primera línea. Alberto Lleras, quien escribió una nota sobre él dice: "Leo Matiz es un literato en vacaciones metido a fotógrafo"; Alvaro Mutis fue su compañero de trabajo. La primera exposición que hizo el maestro Fernando Botero, a los 19 años de edad, fue organizada por Leo Matiz en su propia galería y en la página 135 de este libro aparece una caricatura del fotógrafo realizada por el artista colombiano. Plinio Apuleyo Mendoza escribió un juicio que dimensiona el valor de su obra: "Leo Matiz es un eje fundamental de la fotografía en Colombia, una referencia obligada cuando se haga la historia de este arte entre nosotros".

Los temas de las fotografías de Matiz lo convierten en el más internacional de nuestros fotógrafos; basta enumerar algunos personajes que retrató para medir esta dimensión. Louis Armstrong, Pablo Neruda, Diego Rivera, Frida Kahlo, Luis Buñuel, Pablo Casals, Manolote, Juan Domingo Perón, Fidel Castro, Golda Meier. Fotografías que son mucho más

que nombres. Que revelan —es el verbo preciso para un fotógrafo— un artista de finísima sensibilidad. Leo Matiz es un retratista desdoblado en reportero y las fotografías añaden algo más que el semblante del personaje, ya sea éste una celebridad o ese maravilloso conjunto de retratos anónimos de personas o grupos de México, Colombia, Venezuela, Perú, Argentina.

Buena parte de la sensibilidad latinoamericana fue fundada por el cine mexicano. Como quien dice, que los grandes fotógrafos que trabajaron en su época dorada, son en cierto modo, los autores de la imagen, de la estética que los latinoamericanos tenemos de nosotros mismos. No sólo como latinoamericano universal, sino como discípulo directo de ellos, en concreto de Manuel Álvarez Bravo y de Gabriel Figueroa, la fotografía de Leo Matiz se identifica con la imaginería de estos clásicos y al mismo tiempo se desdobra reproduciendo su arquetipo con imágenes de todo el continente.

Este libro es, sin duda, el mejor que se ha publicado sobre un fotógrafo colombiano, y es un acontecimiento muy importante en la historia de la fotografía de nuestro país.

JUAN SIERRA

## Álbum de asombros

Colombia mágica

Diego Samper Martínez

Editorial Colina, Medellín, 1993, 222 págs., ilus.

Entre las publicaciones dedicadas a Colombia ya previsibles cada año, llenas de imágenes comunes, títulos similares intercambiables y textos triviales, una más tiende a producir inevitable excepticismo. La bibliografía colombiana se empobrece periódicamente con *coffee table books* insulsos y oportunistas. Un generoso patrocinador, un editor astuto y algún segmento del mercado insatisfecho son los actores de los despropósitos impresos.

Al adentrarse en el libro de Diego Samper, todos estos prejuicios se disuelven y desaparecen. No se trata de otra

pieza más del género, ni de una impostura comercial. Más aún, para la casa editora es un libro renovador en su colección turística iniciada con dispareja fortuna años atrás. De ella se pueden recordar en especial el libro de León Ruiz dedicado al río Magdalena y el de Patrick Rouillard sobre San Agustín, ambos con excelentes fotografías y buena calidad editorial, pero con textos dudosos.

*Colombia mágica* es un álbum de asombros, recolectados de la Guajira al Amazonas y de Utría al Vichada, sin los afanes del improvisador y con el lento amor del coleccionista de maravillas. Tal vez con acierto, la Colombia urbana no existe en esta obra; acaso bajo el horizonte de antenas parabólicas y entre los vapores del monóxido de carbono y los semáforos quede alguna magia, pero por ahora seguira inédita.

“Los espíritus de la tierra”, “Maravilloso cotidiano” y “De santos y carnavales” son las tres secciones centrales, precedidas de dos textos introductorios. Completan el volumen un glosario y un índice fotográfico donde se identifica cada fotografía. El diseño es sobrio y sin aspavientos: la longitud de los textos transitable, tratándose de una obra para ser vista; la separación de color y la impresión es impecable.

Los textos, prosas poéticas escritas por el propio fotógrafo, a veces están tocados por cierto velo hermético o místico subido de tono, pero en su conjunto son buena compañía para las imágenes. Bien cabe tener en cuenta la versión que da Samper de su oficio: “la fotografía es gota de tiempo suspendido, palabra al borde del silencio, lenguaje del instante. Como palabra, puede ser conjuro, invocación que abre el libro de los secretos. Como lenguaje, puede transformar nuestra visión de lo real. La fotografía es el asombro del instante, es huella de luz” (pág. 19).

En “Los espíritus de la tierra”, se agrupa un conjunto de imágenes que presentan aspectos inadvertidos o ignorados del medio natural, con especial predilección por regiones geográficas como la Guajira y el Amazonas, aunque en esta variada galería también están Chocó, Quindío, Cundinamarca, Tolima, Caldas, Magdalena, Cauca y Vaupés.

La cámara se acerca a corta distancia, detectando formas, colores y detalles; se aleja y encuentra panorámicas de la inmensidad, alboradas y crepúsculos, án-

gulos inéditos como en el caso de las palmas de cera. La luz que dibuja, refleja y refracta, rayos, nieblas, lluvia como cortina de sueños, humedades. Las huellas de los elementos en las rocas, en la espuma, en la arena, en el reseco pantano desconchado, en el aire detenido en una maloca del Amazonas, en un muro hecho de sombra, cielo y carcoma en Puerto López. Fotografías pictóricas que parecen demostrar que la naturaleza imita al arte.

La sección dedicada a lo “Maravilloso cotidiano” se inicia con alusiones a la navegación y a la pesca con encuadres de fino diseño. Fachadas pintadas, fachadas descubiertas por el tiempo, grabadas por la sombra, paisajes y retratos de hombres que parecen contradecir la maravilla diaria, entretenida en el tableteo de un azaroso juego de dominó.

“De santos y carnavales” es un recorrido por la Guajira, Atlántico, Chocó y el centro del país, hasta llegar al Putumayo. Cementerios guajiros vigilados por ángeles como de arena, lápidas del viejo Caldas con vivas orquídeas sintéticas, estampas tutelares, bóvedas perfectas y vacías, y en oposición a la cuaresma de la muerte, el estallido del carnaval. Enjanzados caballos y complicados atuendos, mientras el bombardino y la tambora aseguran el baile del diablo, el leopardo, el torito y la mismísima muerte. Las últimas páginas están dedicadas a la fiesta de los camentzá y los ingano del valle del Sibundoy, un ritual “de renovación, fiesta de perdón y reconciliación” (pág. 200), en el que sorprenden los ricos adornos y tocados de los protagonistas.

A lo largo del libro, la mirada fotográfica opera mediante la escogencia de la fragmentación. El punto de vista del fotógrafo, que es también el que le concede al observador, es el de la sensibilidad atenta. El momento justo del disparo es el instante detenido en la feliz conjunción de la luz con la cámara vuelta ojo. La fotografía necesaria es la que detiene lo irrepitable y hace ver por primera vez. Un cierto ritmo musical parece escucharse, y una calidad y calidez pictórica están presentes de manera contundente.

Las fotografías de Diego Samper Martínez, al congelar la magia de lo real, al constituir lo mágico en fenómeno óptico, disuelven, como lo afirma el artista, “la dualidad aparente entre lo real y lo ilusorio. El mundo se presenta de tal manera que, al contemplarlo, el hombre

descubre los múltiples modos de lo sagrado y el ser” (pág. 16).

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

## La virginidad como novela

### Oraciones a una película virgen

Sandro Romero Rey

Planeta, Santafé de Bogotá, 1993, 389 págs.

Hay novelas que dependen casi en un todo de su personaje central, y no solamente en el caso de que ese personaje sea también narrador o conarrador de la historia. Tienen un modelo eminente, para no ir más lejos, en Don Quijote de la Mancha. En torno a los pensamientos y las acciones de su protagonista se estructuran los demás elementos de la obra; su aventura espiritual le confiere también su propia significación a la aventura literaria. Estas novelas no pueden evitar, de cualquier manera, el sesgo autobiográfico, no tanto por la transposición de anécdotas personales del autor a su obra sino porque la representación del mundo que allí se hace es tan personalmente crítica, tan íntimamente individualista, que el protagonista termina expresando todas las obsesiones del autor, en contra de cualquier dialéctica con el mundo. Sólo se considera un punto de vista y las consecuencias de esa

